



Lectura del santo Evangelio según san Juan 20,19-23:

AL anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros».

Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo».

Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo:

«Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos».

«La Iglesia tiene necesidad de su perenne Pentecostés. Necesita fuego en el corazón, palabras en los labios, profecía en la mirada. **La Iglesia necesita ser templo del Espíritu Santo, necesita una pureza total, vida interior.** La Iglesia tiene necesidad de volver a sentir cómo sube desde lo profundo de su intimidad personal, como si fuera un llanto, una poesía, una oración, un himno... la voz orante del Espíritu Santo, que ora en nosotros y por nosotros (...).

La Iglesia necesita recuperar la sed, el gusto, la certeza de su verdad, y escuchar con silencio inviolable y dócil disponibilidad la voz, el coloquio elocuente y contemplativo del Espíritu, que nos enseña "toda verdad"» (Pablo VI)



Al llegar el día de Pentecostés, estaban los discípulos todos juntos en el mismo lugar. De repente vino del cielo un gran ruido, semejante a la ráfaga de un viento impetuoso, y llenó toda la casa donde se encontraban. Entonces aparecieron lenguas como de fuego, que se repartían y se posaban sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según el Espíritu los movía a expresarse. Se encontraban por entonces en Jerusalén judíos piadosos venidos de todas las naciones de la tierra. Al oír el ruido, acudieron en masa y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua (Act 2,1-11).

Acercándose a ellos, Jesús les dijo: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos». (Mt 28, 18-20)

"El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia. ¿Sin Él a qué quedaría reducida? Sería ciertamente un gran movimiento histórico, una compleja y sólida institución social, quizá una especie de agencia humanitaria. Y, en realidad, así la consideran quienes la ven fuera de una perspectiva de fe.

*Sin embargo, en su verdadera naturaleza y también en su más auténtica presencia histórica, la Iglesia es incesantemente modelada y guiada por el Espíritu de su Señor. **Es un cuerpo vivo, cuya vitalidad es precisamente fruto del invisible Espíritu divino**".*

PUNTOS PARA LA MEDITACIÓN

1. *De repente vino del cielo un gran ruido, semejante a la ráfaga de un viento impetuoso, y llenó toda la casa donde se encontraban. Entonces aparecieron lenguas como de fuego, que se repartían y se posaban sobre cada uno de ellos.*

Es la fuerza del Espíritu apoderándose de la debilidad de unos hombrecillos impotentes. Unas lenguas de fuego van posándose en las cabezas de los allí reunidos. Las lenguas simbolizan la **verdad**; el fuego, el **amor**. Van a quedar transformados para la conquista, armados para la lucha.

Los apóstoles, ardiendo ya en el amor divino, se lanzarán sin miedo a predicar a Cristo. Se apoderan de corazones e inteligencias, sujetándolos al amor. Y surgen las primeras generaciones de cristianos. En ellos descubrimos nuestros verdaderos modelos de santos y misioneros. Necesitamos volver al cristianismo de los orígenes. *«Los cristianos de los primeros siglos se opusieron a una civilización pagana y materialista que enseñoreaba sin oposición. Se atrevieron a atacarla, y al final se impusieron gracias a su tenacidad constante y mediante gravísimos sacrificios.»* (Pío XII, 16-5-54).

2. *El Espíritu Santo se apoderó de ellos...*

Pentecostés es el Espíritu Santo triunfando de la pequeñez e insignificancia de unos pocos hombres y mujeres, barreduras del mundo, despreciables, como dirá Pablo años adelante (1 Co 1,26). Lo más abyecto y bajo a los ojos del mundo, eso eligió Dios para confundir a los poderosos. Ni ciencia, ni dinero, ni influjo humano de ninguna clase... El Espíritu se apoderó de ellos y ellos conquistaron el mundo, harán penetrar en él una doctrina en sistemática e irreductible oposición a los deseos de la carne, los dictámenes del dinero, del placer, del orgullo. El resultado fue sorprendente. El milagro de la evangelización del mundo.

3. *Seréis testigos míos...*

Oraban con María, la Madre de Jesús, la Madre de la Iglesia. Fue esa oración con la Madre la que produjo el milagro de Pentecostés de hace veinte siglos y que produjo la epopeya de conquista que entonces se desencadenó. **Perseveraban unánimes en la oración con María, Madre de Jesús.** No nos cansemos de meditar esto.

Y como consecuencia, la promesa de Jesús el día de la ascensión se realizó, y se realizará también en nosotros: *«Y seréis testigos míos en Jerusalén, en Judea, en Samaria y hasta los últimos confines de la tierra.»* (Hch 1,8). Y la juventud volverá a Dios en brazos de la Virgen, y las familias se recristianizarán. Como los apóstoles del cenáculo de Jerusalén, **debemos salir también nosotros de este Pentecostés:** *«Fuertes en la fe, armados de una constancia invencible en medio de las persecuciones, abrasados en el celo, sin otro ideal que propagar por doquier el Reino de Cristo.»* (Pío XI).

COLOQUIO

¡Ven, Padre de los pobres! ¡Ven, distribuidor de los dones celestiales! ¡Ven, Consolador incomparable! ¡Ven, dulce huésped del alma! Por ser Espíritu de verdad, sacia este Consolador nuestra inteligencia. Por ser Espíritu de amor, colma las ansias de nuestro corazón. Por ser Espíritu de fortaleza, sostennos en los trabajos, en las pruebas, enjuga nuestras lágrimas. El Espíritu Santo es el consolador por excelencia.

Santa María del Cenáculo, Reina y Madre de la Iglesia naciente: alcánzanos el Espíritu Santo. Verdad, fortaleza, amor, para mí, para la Iglesia universal, para todo el mundo. Oración perseverante. ¡Ven, Espíritu Santo! Envíanos desde lo alto el rayo de tu luz. Santa Madre de Dios, ruega por nosotros; envíanos al Espíritu Santo.

Madre querida, enséñanos, cumpliendo la consigna de Jesús, a permanecer quietos en la ciudad, contigo, y escuchar el mandato que sale de su divino Corazón: id al mundo entero...; mandato misionero que llega también a mi vida... Madre ¡dame corazón de apóstol, obediente al mandato de tu Hijo, ardiendo en el más puro amor de Dios!

Pentecostés no es sólo la gran fiesta litúrgica en honor de la Tercera Persona de la Santísima Trinidad. La Iglesia celebra en este día no únicamente la venida del Espíritu Santo, sino, sobre todo, **la consumación indispensable de la obra gloriosa de Cristo inmolado y resucitado**. Si la Pascua es la aurora de la gracia, Pentecostés es el cenit. Si la Pascua es comienzo de la salvación, Pentecostés es **plenitud**. La Resurrección alcanza en este día «su cima, sin perder nada de su esplendor» (San Agustín). «Hoy llegamos a la cumbre misma, al summum de todos los bienes, a la metrópoli de todas las solemnidades, al **fruto sazonado de la promesa del Señor.**» (San Juan Crisóstomo).

Pentecostés, último y refulgente eslabón del misterio pascual. Sin la efusión del Espíritu Santo, la obra de nuestra redención no se nos aplicaría. Cierto, la Resurrección devuelve ya la vida a nuestra naturaleza, y la Ascensión la coloca a la derecha del Padre. El triunfo de la vida sobre la muerte, la subida al cielo se ha efectuado sólo en la Cabeza. Cristo tiene que transmitir la vida nueva, que tiene en plenitud, a todo el Cuerpo místico. Esto lo hace en Pentecostés enviándonos su Espíritu. Nuestra redención la realiza completa Cristo. **El Espíritu Santo nos la completa, nos la comunica**. Viene a la tierra trayendo todo el aroma de la encarnación bajo sus alas. Lo único que sucede es que la presencia visible de Cristo ascendido al cielo es sustituida por su presencia interior. Se hace visible ahora por su Espíritu, cumpliendo la promesa hecha a los suyos: «**No os dejaré huérfanos; volveré a vosotros.**» (Jn 14,18).

Se inicia una epopeya de conquista en el mundo. Una epopeya que todavía no ha acabado. Sólo concluirá cuando se salve el último de los escogidos. **El Espíritu Santo se apodera del corazón de unos hombres insignificantes, de unas mujeres débiles**. Desencadena una epopeya de amor. Avasalladora, se adueñará del mundo.

Domingo de Pentecostés. Doble milenario del nacimiento de la Iglesia. Aniversario de una fundación gloriosa, la más fecunda y bienhechora que conoce la humanidad. La Iglesia, luz y vida divina para los hombres, como el Cristo a quien prologa. Y María en el cenáculo, en medio de nuestros primeros hermanos en la fe, **Madre de la Iglesia naciente de Cristo**, que empieza a vivir en aquellos hombres, en aquellas mujeres.

Armonía maravillosa, simetría perfecta, distinguen siempre las obras de Dios. La Virgen, Madre en la anunciación del Hijo divino que se mece en sus entrañas, será también Madre de la Iglesia naciente en el cenáculo; de esa Iglesia, que es Cristo prolongado y extendido en cada cristiano. «*Y nació por el Espíritu Santo de Santa María Virgen*», decimos de Jesucristo en el Credo. También la Iglesia en este día de Pentecostés, yo, partecita diminuta, pero vital, de este maravilloso Cuerpo místico, nazco por el Espíritu Santo de Santa María Virgen. Y la Cruzada de la Inmaculada, Esposa de Jesús en la anunciación, se hace también Madre de las almas en Pentecostés. Y repite anhelante: **Santa María del Cenáculo, Reina y Madre de la Iglesia naciente; alcánzanos el Espíritu Santo, unifica en el amor a la juventud de España, de América, del mundo**.

El amor de la Iglesia a la Virgen «comienza aquí, cuando está a punto de nacer el Cuerpo místico de su divino Hijo» (Pablo VI, 26-5-71). María es Madre de Jesús dondequiera que nazca: Belén, misa, cenáculo, en cada alma. María sigue siendo Madre de la Iglesia. Su maternidad no envejece. Su amor no se desgasta. **Repartiendo, se enriquece**. Su corazón no se achica, se dilata. Sus brazos no se quedan cortos. Tiene amor, corazón, brazos de Madre para estrechar a todos los que lleguen.

Pentecostés es el Espíritu Santo triunfando de la pequeñez e insignificancia de unos pocos hombres y mujeres, barreduras del mundo, despreciables, como dirá Pablo años adelante (1 Co 1,26). **Lo más abyecto y bajo a los ojos del mundo, eso eligió Dios para confundir a los poderosos**. Ni ciencia, ni dinero, ni influjo humano de ninguna clase... Y se apoderan del mundo.

Y harán penetrar en él una doctrina en sistemática e irreductible oposición a los deseos de la carne, los dictámenes del dinero, del placer, del orgullo.

El resultado fue sorprendente. Situémonos en un punto culminante para contemplarlo. Es el año 64 del siglo I. Han transcurrido treinta desde el domingo de Pentecostés. En ese año, decisivo en la historia del catolicismo primitivo, nuestros hermanos son reconocidos como cristianos por la autoridad romana. Nerón les aplica las primeras medidas persecutorias. Pedro y Pablo se disponen a regar con su sangre los cimientos de la Iglesia de Roma. Aún no han sido escritos todos los evangelios, falta todavía el de Juan, y ya el Evangelio de Jesús ha sido predicado en las más diversas regiones del imperio romano.

Es conocido en todas las provincias del Asia romana, desde los arenales de Arabia hasta las playas del Ponto Euxino. Ha penetrado en el continente africano por Egipto y la Cirenaica. En Europa se ha introducido por Macedonia, Acaya, Épiro, Iliria, Dalmacia. Conquista nutridos grupos de creyentes al sur de Italia. Sus fieles y mártires forman en Roma «una ingente muchedumbre» (Tácito). Y ha llegado con Pablo hasta los confines de Occidente, hasta las costas de Hispania (Clemente Romano).

En sólo treinta años, los testigos de Pentecostés han llevado a Cristo en todas direcciones: han invadido el Asia Menor, han surcado el Mediterráneo, bañando en luz sus costas. Un relámpago que, partiendo de Siria, ilumina casi al mismo tiempo las tres grandes penínsulas. Asia Menor, Grecia, Italia. Muy pronto, un segundo reflejo abraza en su luz casi todas las costas mediterráneas. La epopeya no ha hecho más que comenzar. Doscientos años más tarde, cuando después de treinta de paz estalla la persecución más violenta que conoce la historia, Diocleciano intenta ahogar en sangre la peligrosa secta que se dilata por toda la geografía del imperio y amenaza suplantarlo. Dieciocho años de persecución cruelísima. Pero en 313 el edicto de Milán marca la conversión del imperio al cristianismo. El sol de Pentecostés había alcanzado por entonces su cenit. Ilumina las fronteras del imperio más vasto del mundo. Anuncia ya una nueva cultura. Sobre las ruinas de roma forjaría la Iglesia la civilización occidental, alma de Europa y del mundo moderno.

La epopeya de Pentecostés se realiza por unos pocos hombres y mujeres. Se ha apoderado de ellos el amor y la fortaleza. Es el Espíritu Santo. **Ese Espíritu les comunica valentía y constancia desconocidas.** Pedro, la víspera de la pasión, promete seguir a Cristo hasta la muerte, pero esa misma noche le niega. En la mañana de Pentecostés, en cambio, anuncia a Cristo ante millares de judíos. Con libertad apostólica les acusa de haberle crucificado. Da testimonio de su resurrección y les exhorta a penitencia. Ya no es el discípulo miedoso que se espanta del peligro y «*se mantiene a distancia*» (Mc 14,54). Es el testigo que proclama con firmeza que Cristo es el Hijo de Dios.

Lo mismo sucede con los demás apóstoles. Todavía, después de la resurrección, «*permanecían ocultos, cerradas las puertas, por el miedo que les inspiraban los judíos*» (Jn 20,19). Ahora, cuando los escribas y saduceos, inquietos, les llaman y les prohíben predicar al Salvador, responden con valentía: «*No podemos obedeceros en esto. No podemos menos de dar testimonio de cuanto hemos visto y oído.*» (Hch 4,18-20). ¿Quién los ha trocado? El Espíritu de verdad, de amor, de fortaleza. **El amor a Cristo les lleva a sufrirlo todo.**

Los judíos ven con sorpresa que de nada sirven sus vetos y recriminaciones. Les obligan a comparecer ante el tribunal. Pero Pedro, en nombre de todos, jugándose la vida, declara que «**es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres**». Los judíos, indignados, les mandan azotar, pero los apóstoles, al salir del tribunal, estaban contentísimos de haber sido hallados dignos de sufrir aquel ultraje por el nombre de Jesús (Hch 5,41). Esta alegría en dolores y humillaciones se la comunicaba el Espíritu Santo. Es Espíritu de fortaleza, pero también de consolación. «*Rogaré a mi Padre —había dicho Jesús—, y Él os dará otro Consolador*» (Jn 14,16). «*¡Ven, Espíritu Santo —suspira la liturgia—; ven, Consolador incomparable; ven, dulce huésped del alma.*